

TOYNBEE, Arnold: *El mundo y el Occidente*. Aguilar, S. A. Madrid, 1953.

En espera de la entrega final del famoso *A study of History*, que debe producirse este año de 1954, podemos conocer aquí, de un modo elemental, sin grandes exigencias ni rigor literario o histórico, las líneas maestras de uno de los más apasionantes temas de la historiografía moderna. Punto por punto, Toynbee pasa revista a las acciones desplegadas por Occidente sobre el mundo, y del actual movimiento de reacción de las zonas culturales occidentalizadas. Si la cuestión es ya de por sí azorante, la imprecisión y vaguedad del lenguaje de Toynbee dan al libro una tensión inquietante y confusa, fácilmente perceptible.

Esto ha sucedido así y es cierto. Pero en materia tan importante convendría haber esperado a la aparición de la obra completa, para sacar una idea total y tener unas referencias concretas, manejables, que prestaran la seguridad y el fundamento científico, por los que se pregunta el lector de *The World and the West*. La obra es un conjunto de apreciaciones y sugerencias que forzarán a pensar hondamente. Quizás lo que más atrae del planteamiento y desarrollo del problema es el intento decidido de integración universal en que, en definitiva, consiste el libro. Es un manifiesto unitario lanzado violentamente sobre los egoísmos, las intransigencias y las incomprensiones humanas.

Si para Toynbee hay algo por lo que vale la pena luchar es la integración de los hombres en un sistema mundial de convivencia. De tal modo lo cree así, que toda su obra está marcada por esa tendencia. De manera imperceptible, pero firme, su «humanismo» y su generosidad, tras de romper los esquemas históricos británicos, se dirigen a demostrar: 1.º Que la tendencia a la unidad se ha dado en todas las situaciones históricas. 2.º Que existieron, y se pueden conocer sus caracteres con bastante seguridad, civilizaciones unitarias a escala mundial, en épocas en las que sobre la tierra coexistían mutuamente, desconocidos o tenuamente sospechados, varios mundos totales. 3.º Que vivimos una situación intermedia, cauce obligado hacia la nueva y, quizá por primera vez completa, integración mundial.

De ser cierta tal dinámica y su dirección, tendremos que vivir etapas de transformación importante y radical. Para Occidente (conviene advertir el uso convencional de palabra tan imprecisa) significaría el abandono definitivo de una dirección por la que no se resigna y lucha, todavía hoy. Decir cosas así es algo tremendamente inexacto y peligroso. Hay que adentrarse por la trama complicada de este mundo, estableciendo cuadros de situación, datos y cifras, tendencias y sentires, difíciles de fijar. Toynbee puede hacerlo, y de ahí la expectación ante los cuatro tomos de *A study of History* que faltan por salir.

Se trata, nada menos, que de una aportación científica y seria al

más grave problema de esta hora del mundo. Cuando poderes políticos y sociales se enfrentan en una tensión que nos parece la más dramática y honda de cuantas vivieron los hombres, la ciencia histórica señala tiempos y horas semejantes y resueltos de modo integrador y constructivo. Los hombres, en cada instante, tenemos a la historia como en arcilla, entre los dedos; pero reacciones, proyectos, tendencias inconscientes, nos brotan de una intimidad, resultado de acciones y pasiones vividas, olvidadas. Vale la pena de iluminarlas y ordenar un cuadro de vivencias y de líneas que nos aseguren y afirmen.

Por lo que toca a occidentales, la faena es doblemente penosa. Están en marcha, simultáneamente, dos procesos de integración. El propiamente occidental y el del mundo. No es difícil darse cuenta de que el estado de incertidumbre de zonas europeas y occidentales tiene una razón importante en la tensión acrecentada, en el desgarramiento total que supone ese doble proceso histórico.

En el ámbito propio se está efectuando la transferencia de poderes de Europa a América y un reajuste interno, espiritual, social, político, material, en el que influyen: el impacto comunista, el anticolonialismo general, las divergencias espirituales, los fanatismos, etc.

Del resultado favorable o negativo de este proceso dependerá sin duda la suerte del mundo, por lo menos del mundo entendido desde Occidente.

Pero al mismo tiempo tiene lugar ahora, de manera imperiosa y firme, la marcha de Oriente hacia su propia vigencia y en busca de un orden de justicia muy natural. Los pueblos occidentalizados, con la técnica y las herramientas de que se han apropiado sabiamente, comienzan a desarrollar poderes hasta hoy privativos de Occidente, y están presionando con insistencia. Ante el esfuerzo occidental para cerrar el paso a esta vigorosa expansión y reconstrucción oriental, ponen en juego motores e influencias muy diversas.

El máximo peligro está en la enorme atracción que el comunismo ejerce sobre estos pueblos, miserables y en lucha. La tensión internacional de nuestra época terminal se polariza en el doble intento occidental y comunista de prevalecer en la dirección de las energías orientales. El comunismo, herejía occidental como lo llama Toynbee, lleva a Oriente dos cosas importantes: una creencia y una técnica. El encuentro de Occidente y Oriente se produjo varias veces en los últimos cuatro siglos: los intentos de sumisión resultaron vanos, al principio, porque se pretendía arraigar en ellos una ideología religiosa, después porque se les entregaban técnicas y herramientas sin más. Poco a poco, las relaciones entre pueblos se han ido complicando, y ahora lo que comunismo y Occidente ofrecen es algo lleno de líneas y fuerzas diferentes: materia y espíritu, ciencia y técnica, política y socialismo, etc.

Quizá sea muy aventurado intentar predecir una solución. Toynbee, por su parte, señalando el final de la cultura grecorromana, quisiera ver una integración unitaria. Se apoya en esta ley histórica que

hace del encuentro de civilizaciones un hecho total. Cuando se presta una técnica o un espíritu, no van aislados ni solos. A toda técnica acompaña a su vez un espíritu, que obrará de palanca revolucionaria o normal en la transformación de los pueblos. El ejemplo de Turquía es definitivo, y debe servir de lección y de señal para quienes crean o pretendan lo contrario. El caso turco no es único. En Rusia, en Egipto, en India, en Japón, a atracciones limitadas de ciencia y técnica siguieron fenómenos espirituales de choque y transformación de diversa índole.

Conviene profundizar en los elementos, resultados y circunstancias de estos encuentros de civilizaciones, que van marcando etapas y zonas, en la incesante obra de integración humana. Y darse cuenta de que, a través de oposiciones y tensiones, los hombres buscan constantemente un mundo único en el que sea posible la convivencia, el desarrollo libre de la personalidad, la fuerza creadora e inagotable del humanismo.

MANUEL ORTUÑO

HARE, Richard: *Pioneers of Russian social thought*. Oxford University Press. London. New York. Toronto. 1951.

El siglo XIX ruso, a la luz de los testimonios más vivos, acción y pasión de los hombres que lo llenaron de intenciones, aparece ahora como una de las épocas de máxima tensión espiritual en el largo camino de lo que Toynbee ha calificado de «encuentro del mundo con Occidente». He aquí un libro que vendría muy bien a españoles como ejemplo y testimonio de una época de vivísima semejanza en tantas cosas, con la misma época de España. Los problemas de entonces, resueltos en Rusia de manera irregular, tampoco entre nosotros han tenido una solución feliz. Se trata de lo que podría llamarse «el problema de Rusia», o «Rusia como problema».

Hare, en este libro, quiere salirse de la línea seguida hasta ahora en lo tocante al trato del XIX ruso. En general, la crítica histórica venía ejercitándose en buscar los elementos prerrevolucionarios, los ténues destellos de lo que finalmente sería la gran hecatombe comunista y bolchevique. Así, cada obra, cada intención era mirada desde tal punto de vista, y su consideración positiva o no se efectuaba con arreglo a esa limitación inicial.

Hare va a mostrarnos algo completamente distinto. Su trabajo se refiere tan sólo, y precisamente, al aspecto olvidado de las investigaciones sobre el XIX ruso. Quiere analizar la obra de los no prerrevolucionarios, de los no radicales, de quienes no tuvieron contacto ni intenciones socialistas. Algo complementario será ver si el régimen comunista acepta a los escritores de filiación nada familiar, e incluso ver qué es lo que de ellos rechaza o toma y por qué razones.

Esta es la intención. La estructura del libro resulta bastante sen-